

**Recorrido de lectura de la “32ª Conferencia. Angustia y vida pulsional”**  
**(Obras Completas de Freud Tomo XXII. Amorrortu)**

**Mariam El Khatib Vázquez**

Esta conferencia data de 1932, podría decirse que se trata de una revisión crítica respecto de la primera, dictada en 1916 (25ª Conferencia- Amorrortu XVI, titulada La Angustia). En esta segunda añade a la angustia, las pulsiones.

Se han podido identificar dos teorías sobre la angustia, la primera de 1895 con el texto “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia””, también aparece en el llamado Manuscrito E de la correspondencia entre Freud y Fliess, y la segunda en el trabajo titulado: Inhibición , síntoma y angustia (1925).

Freud empieza su conferencia diciendo: “No les sorprenderá saber que tengo para comunicarles muchas novedades sobre nuestra `concepción’ de la angustia y de las pulsiones básicas de la vida anímica.”...”Adrede hablo aquí de concepciones...”...”Es que se trata real y efectivamente de concepciones, vale decir, de introducir las representaciones abstractas correctas, cuya aplicación a la materia bruta de la observación hace nacer en ella orden y transparencia”.

Continúa haciendo referencia a la conferencia 25, y resume su contenido. Que la angustia era un estado afectivo ( una reunión de determinadas sensaciones de la serie placer-displacer con sus correspondientes inervaciones de descarga y su percepción). Que recurrió al proceso de nacimiento como el evento que deja esa huella afectiva. La primera angustia, habría sido una angustia tóxica, en ella los cambios de la actividad del corazón y la respiración característicos del estado de angustia , fueron acordes con el fin. Luego hizo el distingo entre angustia realista y angustia neurótica (esta segunda es enteramente enigmática, como carente de fin). La angustia realista , la describe como un estado de “apronte angustiado”, y de él hay dos desenlaces posibles. El desarrollo de angustia se limita a una señal, y entonces hay una reacción con la que puede adaptarse al peligro (huida o acciones destinadas a ponerse a salvo); o bien lo antiguo ( la repetición de la antigua vivencia traumática)

prevalece, toda reacción se agota en el desarrollo de angustia, y resulta un estado de parálisis desacomodado con el fin. **La angustia neurótica**, dice que se observa bajo tres tipos de constelaciones. Como un estado de angustia flotante, expectante, como en la **Neurosis típica de angustia** (con la que había hecho un nexo regular con la economía de la libido en la vida sexual, **(es decir la pulsión)** su causa más común la excitación frustránea. Una excitación, que no se satisface y en remplazo de esa libido desviada de su aplicación emerge el estado de angustia). En segundo lugar, ligada a determinados contenidos de representación en las llamadas **Fobias** (discernimos un peligro exterior pero desmedido. Dice que encontró en estas un apoyo a la concepción de que la libido insatisfecha se mudaba directamente en angustia). En tercer lugar, **la angustia en la histeria y otras formas de neurosis grave**, que acompaña a síntomas, o emerge independiente como ataque o como estado de larga permanencia, sin que se le descubra fundamento alguno en un peligro exterior.

Freud continua haciéndose la pregunta ¿de qué se tiene miedo en la angustia neurótica? ¿cómo se compecede esta con la angustia realista ante peligros externos?

Continua diciendo que fobias infantiles como la angustia a la soledad y a las personas ajenas, no deben imputarse a angustia realista, sino a la neurótica.

Las fobias infantiles y la expectativa angustiada de las neurosis, nos proporcionan dos ejemplos de un modo de generarse la angustia neurótica, por trasmudación directa de la libido. Y que de la angustia en la histeria y otras neurosis, hace responsable a la represión. Luego dirá que esos dos mecanismos de la génesis de angustia neurótica (trasmudación directa de la libido y represión) en verdad coinciden.

Cree poder describirlo, si mantenemos separado el destino de la representación por reprimir del destino del monto de libido adherido a ella. Es la representación la que se reprime, y puede ser desfigurada hasta ser irreconocible. El monto de afecto es mudado comúnmente en angustia, sin que importe su naturaleza ni que se trate de agresión o amor. No entraña ninguna diferencia esencial la razón por la cual un monto de afecto se ha vuelto inaplicable, da igual si por endeblez del yo (como en las fobias en los niños) o

por procesos somáticos de la vida sexual (como en la neurosis de angustia) o por represión (como en la Histeria).

Continúa diciendo cómo le llamó la atención un vínculo entre desarrollo de la angustia y formación de síntomas. Pone el ejemplo del agorafóbico, que al crear el síntoma de angustia a andar por la calle, que también podría llamarse inhibición, una limitación funcional del yo, y por esa vía se ahorra el ataque. Y del obsesivo, que al impedirle sus acciones obsesivas caerá en un estado de angustia, su síntoma lo protegía. Parece que el desarrollo de la angustia fuera lo primero; y la formación del síntoma después, con esto armoniza el que las primeras neurosis de la infancia sean fobias. Dice así hemos logrado responder a qué se tiene miedo en la angustia neurótica, y establecer así la conexión entre angustia realista y neurótica. Aquello a lo cual se tiene miedo es la propia libido.

Sigue aportando las conclusiones de su conferencia 25, la angustia es como estado afectivo la reproducción de un antiguo evento peligroso; esta al servicio de la autoconservación y es una señal de un nuevo peligro; se genera a partir de una libido que de algún modo se ha vuelto inaplicable; lo hace también a raíz del proceso de la represión; la formación del síntoma la releva, la liga psíquicamente; **se siente que aquí falta algo que unifique los fragmentos.**

Freud continúa: Esa descomposición de la personalidad anímica en un superyó, un yo y un ello, (que expuso en la conferencia 31, 1932-36, la mayor parte de esa conferencia son los capítulos 1, 2, 3 y 5, de “El yo y el ello” 1923 Tomo XIX) nos obligó a adoptar otra orientación en el problema de la angustia.

Con la tesis, formulada en 1923 en “El yo y el Ello” (Tomo XIX; pag. 57) y analizada en I.S.A. (Tomo XX, pag. 132, 51), que “el yo es el único almacén de la angustia”, sólo él puede producirla y sentirla. Hemos saludado como una deseada correspondencia el hecho de que las tres principales variedades de angustia – la realista, la neurótica y la de la conciencia moral- puedan ser referidas tan espontáneamente a los tres vasallajes del yo : respecto del mundo exterior, del ello y del superyó. Con esta nueva concepción ha pasado también a primer plano la función de la angustia como señal para indicar una situación de peligro. Freud continúa resumiendo sus indagaciones, y dice “no

es la represión la que causa la angustia, sino que la angustia está primero ahí, ¡es la angustia la que crea la represión! ( capítulo IV I.S.A. , examina los casos de Hans y del Hombre de los Lobos). Pero, ¿qué clase de angustia será?. Sólo la angustia frente a un peligro exterior amenazante, una angustia realista. Freud explica su razón para decir esto: el niño siente angustia ante una exigencia de su libido (ante el amor a su madre) por tanto es un caso de angustia neurótica, ese enamoramiento le parece un peligro interno, del que debe sustraerse mediante la renuncia a él, sólo porque convoca una situación de peligro externo. Dice: ¡no esperábamos que el peligro pulsional interno resultara ser una condición y preparación de una situación de peligro objetiva, externa.

Pero ¿qué es ese peligro real que el niño teme como consecuencia de su enamoramiento de la madre?. Es el castigo de la castración, la pérdida de su miembro. Dirán que no es un peligro objetivo. Lo decisivo es que el peligro amenace de afuera y el niño crea en él. (Freud habla de las alusiones a ese castigo en la temprana infancia, y conjetura hablando de la circuncisión y de épocas primordiales de la familia humana y de los primitivos y los componentes del ritual de virilidad, diciendo que podría ser un resto bien reconocible de ella). Nos vemos precisados a establecer que la angustia frente a la castración es uno de los motores más frecuentes e intensos de la represión y, con ello de la formación de neurosis.

La angustia de castración no es, el único motivo de la represión; ya no tiene sitio alguno en las mujeres, que por cierto poseen un complejo de castración, pero no pueden tener angustia ninguna de castración.

En las mujeres, aparece la angustia a la pérdida de amor, que podría verse como una continuación de la angustia del lactante cuando echa de menos a su madre. La situación de peligro objetivo es indicada por esa angustia, si la madre esta ausente o sustrae su amor al hijo, la satisfacción de las necesidades no está segura, se produce un sentimiento de tensión. Estas condiciones de angustia repiten la situación de la originaria angustia de nacimiento (que también implica una separación de la madre). Y aún si siguen una argumentación de Ferenczi, podrían incluir a la angustia de castración en

esta serie ( la pérdida del miembro tiene por consecuencia la imposibilidad de una reunificación con la madre o con su sustituto en el acto sexual). Menciona a Otto Rank y la vivencia de angustia del nacimiento como el arquetipo de todas las situaciones posteriores de peligro. Freud dirá si nos atenemos a esto podremos decir que en verdad a cada edad del desarrollo le corresponde una determinada condición de angustia, y por tanto una situación de peligro, como la adecuada a ella. Y menciona el peligro de desvalimiento, el peligro de pérdida del objeto de amor, el peligro de castración y la angustia ante el superyó. Según avanza el desarrollo las antiguas condiciones de angustia tienen que ser abandonadas, pues las situaciones de peligro han sido desvalorizadas por el fortalecimiento del Yo, pero ocurre de una manera muy incompleta. Las personas que llamamos neuróticas permanecen infantiles en su conducta ante el peligro.

En este punto de la conferencia, Freud dice: espero no hayan perdido y que sepan que todavía estamos indagando los vínculos entre angustia y represión. Hemos averiguado, que la angustia crea la represión, y que una situación pulsional temida se remonta, en el fondo, a una situación de peligro exterior. La siguiente pregunta será: ¿cómo nos representamos ahora el proceso de una represión bajo el influjo de la angustia?. En un yo fuerte, incluirá en su organización la moción pulsional que debía ser sofocada por convocar situaciones de peligro. Ahora bien, el caso de la represión, es aquel en que la moción pulsional sigue siendo nativa del ello y el yo se siente endeble. Entonces el yo recurre a una técnica que en el fondo es idéntica a la del pensar normal. El yo anticipa así la satisfacción de una moción pulsional dudosa y le permite reproducir las sensaciones de displacer que corresponden al inicio de la situación de peligro temida. Así se pone en juego el automatismo del principio de placer-displacer, que ahora lleva a cabo la represión de la moción pulsional peligrosa. Freud continua diciendo: que esto que ha traducido al lenguaje del pensar normal, en realidad tiene que ser un cierto proceso, no consciente no preconscious, entre montos de energía en un sustrato irrepresentable. ¿A raíz de esta represión qué sucede en el yo y en el ello?. El yo dirige una investidura tentativa y suscita el automatismo displacer-placer mediante la señal de angustia. Entonces son posibles diversas reacciones o

una mezcla de ellas en montos variables. O bien el ataque de angustia se desarrolla plenamente y el yo se retira por completo de la excitación chocante, o bien, en lugar de salirle al encuentro con una investidura tentativa, el yo lo hace con una conrainvestidura, y esta se conjuga con la energía de la moción reprimida para la formación del síntoma o es acogida en el interior del yo como formación reactiva, como refuerzo de determinadas disposiciones, como alteración permanente. (la idea de una alteración del yo como resultado de una conrainvestidura, se encuentra en las neuropsicosis de defensa, 1896 tomo III, pag 184. En I.S.A. 1926, tomo XX 147-148), y volverá a examinarla en Análisis terminable e interminable Tomo XXIII 223-237-42). Mientras más pueda limitarse el desarrollo de la angustia a una mera señal, tanto más recurrirá el yo a las acciones de defensa equivalentes a una ligazón psíquica de lo reprimido, y tanto más se aproximará el proceso a un procesamiento normal, desde luego que sin alcanzarlo.

En este punto Freud, llama nuestra atención : “habrán supuesto que eso que se llama carácter es atribuible por entero al yo”. Y recuerda qué crea el carácter: 1.- la incorporación de la anterior instancia parental en calidad de Superyó ( el fragmento más importante y decisivo). 2.- Las identificaciones con ambos progenitores, con otras personas influyentes, al igual que similares identificaciones como precipitados de vínculos de objeto resignados. 3.- las formaciones reactivas que el yo adquiere primero en sus represiones y, más tarde, con medios más normales a raíz de los rechazos de mociones pulsionales indeseadas. ( El yo y el ello 1923, tomo XIX pag.30 y sigs.; I.S.A. tomo XX pag. 147-8)

Freud vuelve después al ello. Se pregunta ¿qué le ha pasado a la moción pulsional combatida, a raíz de la represión?, ¿qué pasa con la energía, con la carga libidinosa de esa excitación?, ¿cómo será aplicada?. Antes suponíamos que justamente ella era mudada en angustia por la represión.

La respuesta será más bien: es probable que su destino no sea el mismo en todos los casos. Es probable que exista una correspondencia íntima entre el proceso que ocurre dentro del yo y el que le sobreviene en el ello a la moción reprimida. Desde que hemos hecho intervenir en la represión al principio

placer-displacer, puesto en movimiento por la señal de angustia, estamos autorizados a modificar nuestras expectativas. Este principio rige de manera incondicional los procesos en el interior del ello. Podemos concederle que provoca alteraciones muy profundas en la moción pulsional en cuestión . Esperamos entonces que la represión conlleve muy diversos resultados. En muchos casos quizá la moción pulsional reprimida retenga su investidura libidinal, persista inmutada en el ello, si bien bajo la presión permanente del yo. Otras veces parece sobrevenirle una destrucción completa, tras la cual su libido es conducida de manera definitiva por otras vías. Sostuve que eso ocurría en la tramitación normal del complejo de Edipo. (El sepultamiento del complejo de Edipo, Tomo XIX pag. 185). Además, la experiencia clínica nos ha enseñado que en muchos casos, se produce, en vez del habitual resultado de la represión, una degradación libidinal, una regresión de la organización libidinal a un estadio anterior. Desde luego, esto sólo puede ocurrir dentro del ello, y cuando acontece es bajo el influjo del mismo conflicto que fue iniciado por la señal de angustia. La neurosis obsesiva, en que cooperan regresión libidinal y represión, proporciona el ejemplo más llamativo de esta clase.

Freud continua: Ahora mismo el estudio de la angustia nos mueve a agregar otro rasgo a nuestra pintura del yo. Hemos dicho que el yo es endeble frente al ello, es su fiel servidor, se empeña en llevar a cabo sus órdenes, en cumplir sus reclamos. No obstante, por el otro lado, ese yo es la parte del ello mejor organizada, orientada hacia la realidad. No debemos exagerar demasiado la separación entre ambos, ni sorprendernos de que el yo consiga a su vez influir sobre los procesos del ello. Opino que el yo ejerce ese influjo cuando por medio de la señal de angustia pone en actividad al casi omnipotente principio de placer-displacer. Es verdad que inmediatamente vuelve a mostrar su endeblez, pues mediante el acto de la represión renuncia a un fragmento de su organización, se ve precisado a consentir que la moción pulsional reprimida permanezca sustraída a su influjo de manera duradera.

Sólo una puntualización más sobre el problema de la angustia. La angustia neurótica se ha mudado bajo nuestras manos en angustia realista, en angustia ante determinadas situaciones externas de peligro. Tenemos que dar otro paso, que será un paso atrás. ¿Qué es en verdad lo peligroso, lo temido en

una de tales situaciones de peligro? Evidentemente, no es el daño de la persona que podría juzgarse objetivo, pues no tiene porque alcanzar significado alguno en lo psicológico, sino lo que él ocasione en la vida anímica. Por ejemplo, el nacimiento, nuestro arquetipo del estado de angustia difícilmente puede ser considerado en sí un daño. Lo esencial en el nacimiento (como en cualquier otra situación de peligro) es que provoque en el vivenciar anímico un estado de excitación de elevada tensión sentido como displacer y del cual uno no pueda sustraerse vía descarga. Llamemos **factor traumático** a un estado así, en que fracasan los empeños del principio de placer; entonces a través de la serie angustia neurótica-angustia realista-situación de peligro llegamos a este enunciado simple: lo temido, el asunto de la angustia, es en cada caso la emergencia de un factor traumático que no pueda ser tramitado según la norma del principio del placer. El hecho de estar dotados del principio de placer no nos pone a salvo de daños objetivos, sino sólo de un daño determinado a nuestra economía psíquica. Del principio de placer a la pulsión de autoconservación hay un gran trecho, falta mucho para que ambos propósitos se superpongan desde el punto de partida. Pero vemos otra cosa, y quizá sea la solución que buscamos: que aquí se trata de las cantidades relativas. Sólo la magnitud de la suma de excitación convierte a una impresión en factor traumático, paraliza la operación del principio de placer, confiere su significatividad a la situación de peligro. Y si ese enigma se zanja mediante un expediente tan sencillo, ¿por qué no podría ser posible que factores traumáticos de esta índole sobrevinieran en la vida anímica sin referencia a las supuestas situaciones de peligro, y entonces a raíz de ellos la angustia no se provocara como señal, sino que naciera como algo nuevo con un fundamento propio? La experiencia clínica nos dice de manera tajante que efectivamente es así. Sólo las represiones más tardías muestran el mecanismo que hemos descrito, en que la angustia es despertada como señal de una situación anterior de peligro; las primeras y originarias nacen directamente a raíz del encuentro del yo con una exigencia libidinal hipertrófica proveniente de factores traumáticos; ellas crean su angustia como algo nuevo, es verdad que según el arquetipo de nacimiento. Acaso lo mismo valga para el desarrollo de la angustia que en la neurosis de angustia se produce por daño somático de la función sexual. Ya no afirmaremos que sea la libido misma la que se muda



entonces en angustia. ( En I.S.A. Tomo XX, pag. 133, Freud todavía sostenía, que en la neurosis de angustia lo que encuentra descarga en el desarrollo de angustia es el excedente de libido no aplicada. Con la presente formulación se abandonan los últimos vestigios de la antigua teoría). Pero no veo objeción alguna a un origen doble de la angustia: en un caso como consecuencia directa del factor traumático, y en el otro como señal de que amenaza la repetición de un factor así.

En este punto de la conferencia, Freud nos conduce al campo de la teoría de la libido o doctrina de las pulsiones. Y se remonta a cosas que ya antes había expuesto.

De esta parte de la conferencia, sólo haré mención de los párrafos donde Freud habla de la pulsión, y como en ella pueden distinguirse fuente, objeto y meta. (Pág. 89-90).

Una pulsión se distingue de un estímulo, pues, en que proviene de fuentes de estímulo situadas en el interior del cuerpo, actúa como una fuerza constante y la persona no puede sustraérsele mediante la huida, como es posible en el caso del estímulo externo. En la pulsión pueden distinguirse fuente, objeto y meta. La fuente es un estado de excitación en lo corporal; la meta, la cancelación de esa excitación, y en el camino que va de la fuente a la meta la pulsión adquiere eficacia psíquica. La representamos como cierto monto de energía que esfuerza en determinada dirección. De este esforzar (*Drängen*) recibe su nombre: pulsión (*Trieb*).

Se habla de pulsiones activas y pasivas: más correctamente debería decirse metas pulsionales activas y pasivas; también para alcanzar una meta pasiva se requiere un gasto de actividad. La meta puede alcanzarse en el cuerpo propio, pero por regla general se interpone un objeto exterior en que la pulsión logra su meta externa; su meta interna sigue siendo en todos los casos la alteración del cuerpo sentida como satisfacción. No hemos podido aclararnos si la pertenencia a la fuente somática presta a la pulsión una especificidad, ni cuál sería esta. Que mociones pulsionales de una fuente pueden acoplarse a las de

otra y compartir su ulterior destino; que en general una satisfacción pulsional puede ser sustituida por otra: he ahí hechos indudables según el testimonio de la experiencia analítica. Pero confesamos que no los entendemos muy bien. También el vínculo de la pulsión con la meta y el objeto admite variaciones: aquella y este pueden permutarse por otros, siendo empero el vínculo con el objeto más fácil de aflojar. Distinguimos con el nombre de *sublimación* cierta clase de modificación de la meta y cambio de vía del objeto en la que interviene nuestra valoración social. Además tenemos razones para distinguir pulsiones de meta inhibida, a saber, mociones pulsionales de fuentes notorias y con meta inequívoca, pero se detienen en el camino hacia la satisfacción, de suerte que sobrevienen una duradera investidura de objeto y una aspiración continua. De esta clase es, por ejemplo, el vínculo de la ternura, que indudablemente proviene de las fuentes de la necesidad sexual y por regla general renuncia a su satisfacción.

...Deberíamos consignar aquí también una diferencia que se aprecia entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. Las pulsiones sexuales nos llaman la atención por su plasticidad, la capacidad de cambiar de vía sus metas; por la facilidad con que admiten subrogaciones, dejándose sustituir una satisfacción pulsional por otra, y por su posible diferimiento, de lo cual las pulsiones de meta inhibida acaban de darnos un buen ejemplo. Tenderíamos a negar estas propiedades a las pulsiones de autoconservación, y a enunciar acerca de ellas que son inflexibles, no admiten diferimiento, son imperativas de manera muy diversa y tienen una relación enteramente distinta tanto con la represión como con la angustia. Sólo que la reflexión más inmediata nos dice que esa posición excepcional no conviene a todas las pulsiones yoicas, sino únicamente al hambre y la sed, y es evidente que ello tiene su base en una particularidad de las fuentes pulsionales. Buena parte del carácter confuso con que se nos presenta todo este cuadro proviene, además, de que no hemos considerado por separado las alteraciones que las mociones pulsionales, originariamente nativas del ello, acaso experimentan bajo el influjo del yo organizado.

Nos movemos sobre terreno más firme cuando pasamos a indagar el modo en que la vida pulsional sirve a la función sexual: No es, pues, que se discierna

una pulsión sexual que desde el comienzo mismo haga de portadora de la aspiración a la meta de la función sexual. Antes bien, vemos un gran número de pulsiones parciales, provenientes de diversas partes y regiones del cuerpo, que con bastante independencia recíproca pugnan por alcanzar una satisfacción y la hallan en algo que podemos llamar *placer de órgano*.

Se distinguen tres momentos en la teoría de las pulsiones de Freud:

- 1- La primera teoría pulsional aparece en 1905, en sus “Tres ensayos sobre una teoría sexual”. Este primer esquema opone pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. El término “autoconservación” no está escrito en el texto citado, sino que aparece por primera vez en un trabajo de 1910 que lleva por título “Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión”.
- 2- La segunda teoría pulsional es desarrollada por Freud después o mientras está elaborando su noción de narcisismo. Aquí no se hacen sinónimas las pulsiones de autoconservación y las pulsiones del yo, pero por momentos se superponen.

A partir del momento en que admite que existe una verdadera relación de amor entre el sujeto y su *propio yo*, le es necesario admitir que hay una libidinización del conjunto de las funciones del yo ( que estas no responden a la lógica de la autoconservación sino que también están erogeneizadas), que la preservación del yo no entra únicamente en el registro de la necesidad, sino además y en definitiva sobre todo, en el del deseo.

Por consiguiente, desde que el yo es también un objeto sexual, se desprende de ahí que la distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo ya no tiene razón de ser. Freud la reemplaza entonces por la de pulsiones del yo y pulsiones de objeto pero muy provisionalmente, porque pronto se le hará evidente que esta segunda oposición no es sostenible: la desmiente la teoría misma del narcisismo, ya que ésta muestra que el yo es un verdadero objeto para el sujeto. Por lo tanto, yo

y objeto deben ponerse de hecho en el mismo plano, en todo caso en lo concerniente a las pulsiones.

- 3- Por último, su tercera formalización sobre las pulsiones aparece, en el texto de 1920 “Más allá del principio del placer”. Introduce este nuevo dualismo pulsional, pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Los pilares que permiten a Freud construir su pulsión de muerte son los fenómenos de la repetición, el síntoma, la reacción terapéutica negativa y las neurosis de guerra.

Las pulsiones sexuales, del yo o de objeto, vienen entonces a situarse, según su función en una u otra de estas dos categorías, con la importante idea de que la supervivencia de la especie puede ser antagónica a la del individuo. A partir de allí, queda reafirmado el principio general del funcionamiento psíquico, a saber, que el aparato psíquico tiene como tarea reducir al mínimo la tensión que crece en él, especialmente por obra de las pulsiones. Pero ahora, este funcionamiento está subsumiendo a la pulsión de muerte, es decir, a una tendencia general de los organismos no sólo a reducir la excitación vital interna, sino también, por ese camino, a volver a un estado primitivo inorganizado, o sea, en otros términos a la muerte primera.

En 1924 en *El problema económico del masoquismo*, Freud corroborará esta visión de las cosas, viendo allí la expresión del principio de Nirvana.

### **Lecturas recomendadas:**

25ª Conferencia. Amorrortu XVI. La Angustia

El yo y el Ello. Amorrortu Tomo XIX

I.S.A. Amorrortu Tomo XX

Neuropsicosis de defensa. Amorrortu tomo III.

Análisis terminable e interminable. Tomo XXIII

El sepultamiento del complejo de Edipo. Tomo XIX